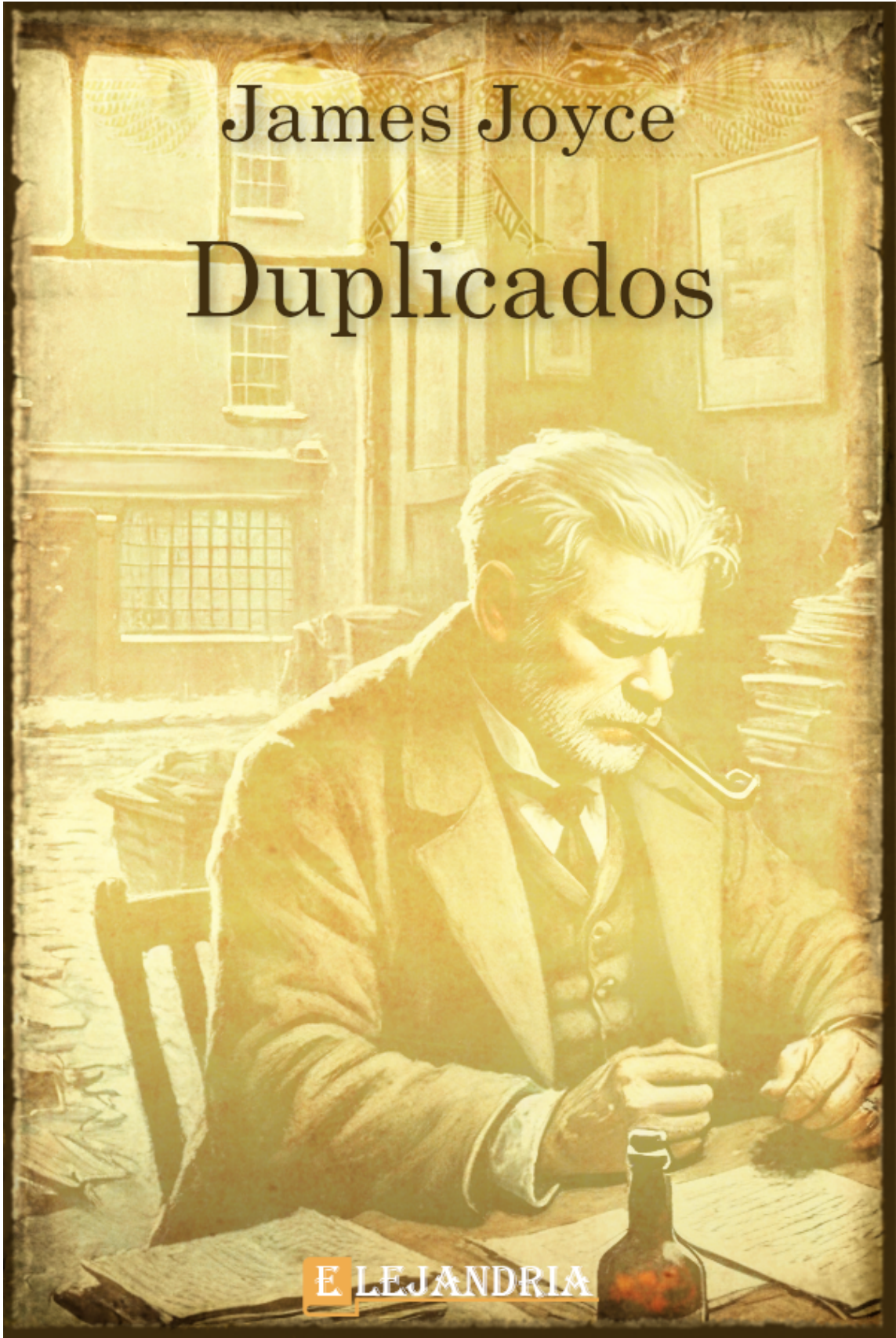


James Joyce
Duplicados

E LEJANDRIA

James Joyce
Duplicados



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

DUPLICADOS

JAMES JOYCE

**PUBLICADO: 1914
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA
EDICIÓN: B. W. HUEBSCH, NEW YORK, 1917**

DUPLICADOS

La campana sonó furiosamente y, cuando la señorita Parker fue al tubo, una voz furiosa gritó con un acento del norte de Irlanda:

—¡Envíen a Farrington aquí!

La señorita Parker volvió a su máquina, diciendo a un hombre que estaba escribiendo en un escritorio:

—El señor Alleyne lo quiere arriba.

El hombre murmuró "¡Maldición!" por lo bajo y empujó su silla hacia atrás para levantarse. Cuando se levantó, era alto y de gran corpulencia. Tenía un rostro colgante, de color vino oscuro, con cejas y bigote claros: sus ojos sobresalían ligeramente y el blanco de ellos estaba sucio. Levantó el mostrador y, pasando junto a los clientes, salió de la oficina con paso pesado.

Subió pesadamente las escaleras hasta llegar al segundo rellano, donde una puerta tenía una placa de bronce con la inscripción "Mr. Alleyne". Allí se detuvo, resoplando de labor y disgusto, y llamó. La voz aguda gritó:

—¡Adelante!

El hombre entró en la habitación del señor Alleyne. Simultáneamente, el señor Alleyne, un hombre pequeño con gafas de montura dorada en un rostro bien afeitado, levantó la cabeza sobre una pila de documentos. La cabeza en sí era tan rosada y sin pelo que parecía un gran huevo reposando sobre los papeles. El señor Alleyne no perdió un momento:

—¿Farrington? ¿Qué significa esto? ¿Por qué siempre tengo que quejarme de usted? ¿Puedo preguntarle por qué no ha hecho una copia del contrato entre Bodley y Kirwan? Le dije que debía estar listo para las cuatro en punto.

—Pero el señor Shelley dijo, señor...

—El señor Shelley dijo, señor... Atienda amablemente a lo que yo digo y no a lo que dice el señor Shelley, señor. Siempre tiene alguna excusa para evitar el trabajo. Déjeme decirle que si el contrato no está copiado antes de esta noche, llevaré el asunto ante el señor Crosbie... ¿Me oye ahora?

—Sí, señor.

—¿Me oye ahora?... Ah, y otra cosita. Es como si estuviera hablando con la pared. Entienda de una vez por todas que tiene media hora para su almuerzo y no una hora y media. ¿Cuántos platos quiere, me gustaría saber?... ¿Me entiende ahora?

—Sí, señor.

El señor Alleyne volvió a inclinar la cabeza sobre su pila de papeles. El hombre miró fijamente el cráneo pulido que dirigía los asuntos de Crosbie & Alleyne, evaluando su fragilidad. Un espasmo de rabia le apretó la garganta por unos momentos y luego pasó, dejando tras de sí una aguda sensación de sed. El hombre reconoció la sensación y sintió que debía tener una buena noche de bebidas. Ya había pasado la mitad del mes y, si lograba terminar la copia a tiempo, el señor Alleyne podría darle una orden para el cajero. Permaneció inmóvil, mirando fijamente la cabeza sobre la pila de papeles. De repente, el señor Alleyne comenzó a revolver todos los papeles, buscando algo. Entonces, como si no hubiera sido consciente de la presencia del hombre hasta ese momento, levantó la cabeza de nuevo, diciendo:

—¿Eh? ¿Va a quedarse ahí todo el día? ¡Vaya con Dios, Farrington, se lo toma con calma!

—Estaba esperando ver...

—Muy bien, no necesita esperar para ver. Baje y haga su trabajo.

El hombre caminó pesadamente hacia la puerta y, al salir de la habitación, escuchó al señor Alleyne gritarle que si el contrato no estaba copiado para la noche, el señor Crosbie se enteraría del asunto.

Regresó a su escritorio en la oficina de abajo y contó las hojas que quedaban por copiar. Tomó su pluma y la sumergió en la tinta, pero continuó mirando estúpidamente las últimas palabras que había escrito: En ningún caso, el mencionado Bernard Bodley será... La tarde estaba cayendo y en unos minutos encenderían el gas: entonces podría escribir. Sentía que debía saciar la sed en su garganta. Se levantó de su escritorio y, levantando el mostrador como antes, salió de la oficina. Al salir, el jefe de despacho lo miró inquisitivamente.

—Está bien, señor Shelley —dijo el hombre, señalando con el dedo para indicar el objetivo de su viaje.

El jefe de despacho miró el perchero, pero, al ver la fila completa, no hizo ningún comentario. Tan pronto como estuvo en el rellano, el hombre sacó una gorra de cuadros de pastor de su bolsillo, se la puso en la cabeza y corrió rápidamente por las escaleras tambaleantes. Desde la puerta de la calle caminó furtivamente por el lado interior del camino hacia la esquina y de repente se zambulló en un portal. Ahora estaba a salvo en la oscura taberna de la tienda de O'Neill, y, llenando la pequeña ventana que daba al bar con su rostro inflamado, del color del vino oscuro o la carne oscura, gritó:

—Aquí, Pat, dame una g.p., como buen amigo.

El ayudante le trajo un vaso de cerveza común. El hombre lo bebió de un trago y pidió una semilla de alcaravea. Puso su penique en el mostrador y, dejando al ayudante buscarlo a tientas en la penumbra, salió de la taberna tan furtivamente como había entrado.

La oscuridad, acompañada de una densa niebla, iba ganando sobre el crepúsculo de febrero y las lámparas en la calle Eustace habían sido encendidas. El hombre subió por las casas hasta llegar a la puerta de la oficina, preguntándose si podría terminar su copia a tiempo. En las escaleras, un olor húmedo y penetrante de perfumes

saludó su nariz: evidentemente, la señorita Delacour había llegado mientras él estaba en O'Neill's. Volvió a meter su gorra en el bolsillo y reingresó a la oficina, asumiendo un aire de distracción.

—El señor Alleyne ha estado llamándolo —dijo severamente el jefe de despacho—. ¿Dónde estaba?

El hombre miró a los dos clientes que estaban de pie en el mostrador como para dar a entender que su presencia le impedía responder. Como los clientes eran ambos hombres, el jefe de despacho se permitió una risa.

—Conozco ese juego —dijo—. Cinco veces en un día es un poco demasiado... Bueno, será mejor que se apresure y haga una copia de nuestra correspondencia en el caso Delacour para el señor Alleyne.

Esta dirección en presencia del público, su carrera escaleras arriba y la cerveza que había bebido tan apresuradamente confundieron al hombre y, mientras se sentaba en su escritorio para obtener lo que se requería, se dio cuenta de lo desesperanzado que era terminar su copia del contrato antes de las cinco y media. La oscura noche húmeda estaba llegando y anhelaba pasarla en los bares, bebiendo con sus amigos entre el resplandor del gas y el tintineo de los vasos. Sacó la correspondencia de Delacour y salió de la oficina. Esperaba que el señor Alleyne no descubriera que las dos últimas cartas faltaban.

El perfume húmedo y penetrante se extendía hasta la habitación del señor Alleyne. La señorita Delacour era una mujer de mediana edad con apariencia judía. Se decía que el señor Alleyne estaba enamorado de ella o de su dinero. Venía a la oficina a menudo y se quedaba mucho tiempo cuando venía. Estaba sentada junto a su escritorio ahora, en un aroma de perfumes, alisando el mango de su paraguas y moviendo la gran pluma negra de su sombrero. El señor Alleyne había girado su silla para enfrentarla y había puesto su pie derecho de manera desenfadada sobre su rodilla izquierda. El hombre puso la correspondencia en el escritorio e hizo una reverencia respetuosa, pero ni el señor Alleyne ni la señorita Delacour notaron su reverencia. El señor Alleyne dio golpecitos con

un dedo en la correspondencia y luego la deslizó hacia él como para decir: "Está bien: puedes irte".

El hombre volvió a la oficina de abajo y se sentó nuevamente en su escritorio. Miró fijamente la frase incompleta: En ningún caso, el mencionado Bernard Bodley será... y pensó qué extraño era que las últimas tres palabras comenzaran con la misma letra. El jefe de despacho comenzó a apresurar a la señorita Parker, diciéndole que nunca tendría las cartas mecanografiadas a tiempo para el correo. El hombre escuchó el clic de la máquina durante unos minutos y luego se puso a trabajar para terminar su copia. Pero su cabeza no estaba clara y su mente se alejaba del resplandor y el traqueteo del bar. Era una noche para ponches calientes. Luchó con su copia, pero cuando el reloj dio las cinco, aún le quedaban catorce páginas por escribir. ¡Maldición! No podría terminarlo a tiempo. Anhelaba maldecir en voz alta, golpear con su puño algo violentamente. Estaba tan enfurecido que escribió Bernard Bernard en lugar de Bernard Bodley y tuvo que empezar de nuevo en una hoja limpia.

Sentía que podía despejar toda la oficina él solo. Su cuerpo ansiaba hacer algo, salir y deleitarse en la violencia. Todas las indignidades de su vida lo enfurecían... ¿Podría pedirle un adelanto al cajero en privado? No, el cajero no servía, no servía para nada: no le daría un adelanto... Sabía dónde encontraría a los chicos: Leonard y O'Halloran y Nosey Flynn. El barómetro de su naturaleza emocional estaba preparado para una tormenta de alboroto.

Su imaginación lo había abstraído tanto que llamaron su nombre dos veces antes de que respondiera. El señor Alleyne y la señorita Delacour estaban de pie fuera del mostrador y todos los empleados se habían vuelto anticipando algo. El hombre se levantó de su escritorio. El señor Alleyne comenzó una diatriba de insultos, diciendo que faltaban dos cartas. El hombre respondió que no sabía nada de eso, que había hecho una copia fiel. La diatriba continuó: era tan amarga y violenta que el hombre apenas pudo contener su puño de descender sobre la cabeza del homúnculo frente a él:

—No sé nada de otras dos cartas —dijo estúpidamente.

—Usted... no sabe... nada. Claro que no sabe nada —dijo el señor Alleyne—. Dígame —añadió, mirando primero para obtener la aprobación de la dama a su lado—, ¿me toma por un tonto? ¿Cree que soy un completo idiota?

El hombre miró del rostro de la dama a la pequeña cabeza en forma de huevo y de vuelta otra vez; y, casi antes de darse cuenta, su lengua encontró un momento oportuno:

—No creo, señor —dijo—, que esa sea una pregunta justa para hacerme.

Hubo una pausa en la misma respiración de los empleados. Todos estaban asombrados (el autor del ingenio no menos que sus vecinos) y la señorita Delacour, que era una persona corpulenta y amable, comenzó a sonreír ampliamente. El señor Alleyne se sonrojó al tono de una rosa silvestre y su boca se contrajo con una pasión enana. Agitó su puño en la cara del hombre hasta que pareció vibrar como el botón de alguna máquina eléctrica:

—¡Rufián impertinente! ¡Rufián impertinente! ¡Haré un trabajo corto contigo! ¡Espera y verás! ¡Me pedirás disculpas por tu impertinencia o dejarás la oficina de inmediato! ¡Saldrás de aquí, te lo digo, o me pedirás disculpas!

Estaba parado en una puerta frente a la oficina esperando ver si el cajero salía solo. Todos los empleados salieron y finalmente el cajero salió con el jefe de despacho. No tenía sentido intentar decirle una palabra cuando estaba con el jefe de despacho. El hombre sentía que su situación ya era bastante mala. Había tenido que ofrecer una disculpa abyecta al señor Alleyne por su impertinencia, pero sabía en qué nido de avispas se convertiría la oficina para él. Recordaba cómo el señor Alleyne había acosado al pequeño Peake fuera de la oficina para hacer espacio para su propio sobrino. Se sentía salvaje y sediento y vengativo, molesto consigo mismo y con todos los demás. El señor Alleyne nunca le daría un momento de descanso; su vida sería un infierno. Esta vez se había hecho el ridículo. ¿No podía mantener la boca cerrada?

Pero nunca se habían llevado bien desde el principio, él y el señor Alleyne, desde el día en que el señor Alleyne lo había oído imitar su acento del norte de Irlanda para divertir a Higgins y a la señorita Parker: eso había sido el comienzo de todo. Podría haber intentado con Higgins por el dinero, pero seguro que Higgins nunca tenía nada para él mismo. Un hombre con dos establecimientos que mantener, por supuesto que no podía...

Sentía su gran cuerpo nuevamente ansiando el confort de la taberna. La niebla había comenzado a enfriarlo y se preguntaba si podría tocar a Pat en O'Neill's. No podía tocarle más de un chelín, y un chelín no servía de nada. Sin embargo, debía conseguir dinero de alguna manera: había gastado su último centavo en la g.p. y pronto sería demasiado tarde para conseguir dinero en cualquier lugar. De repente, mientras tocaba su cadena de reloj, pensó en la casa de empeños de Terry Kelly en Fleet Street. ¡Esa era la solución! ¿Por qué no había pensado en eso antes?

Pasó rápidamente por el estrecho callejón de Temple Bar, murmurando para sí mismo que todos podían irse al diablo porque iba a tener una buena noche. El empleado en la casa de empeños de Terry Kelly dijo: "¡Una corona!" pero el remitente insistió en seis chelines; y al final se le permitió literalmente los seis chelines. Salió de la casa de empeños alegremente, haciendo un pequeño cilindro con las monedas entre su pulgar y sus dedos. En Westmoreland Street, las aceras estaban llenas de jóvenes y mujeres que regresaban del trabajo y de harapientos muchachos que corrían aquí y allá gritando los nombres de las ediciones vespertinas. El hombre pasó entre la multitud, mirando el espectáculo en general con orgullosa satisfacción y mirando con autoridad a las chicas de oficina. Su cabeza estaba llena de los ruidos de los tranvías y los carros y su nariz ya olía los vapores ondulantes del ponche. Mientras caminaba, premeditaba los términos en que narraría el incidente a los muchachos:

—Entonces, simplemente lo miré, con calma, ya sabes, y la miré a ella. Luego lo miré a él otra vez, tomándome mi tiempo, ya sabes. "No creo que esa sea una pregunta justa para hacerme", le dije.

Nosey Flynn estaba sentado en su rincón habitual de Davy Byrne's y, cuando escuchó la historia, le invitó a Farrington una media, diciendo que era lo más inteligente que había escuchado. Farrington invitó a una bebida en su turno. Después de un rato, entraron O'Halloran y Paddy Leonard y la historia se repitió para ellos. O'Halloran invitó a unos whiskies de malta calientes para todos y contó la historia de la réplica que había hecho al jefe de despacho cuando estaba en Callan's de Fownes's Street; pero, como la réplica fue al estilo de los pastores liberales en las églolas, tuvo que admitir que no era tan ingeniosa como la réplica de Farrington. Ante esto, Farrington les dijo a los muchachos que terminaran eso y pidieran otra.

Justo cuando estaban eligiendo sus bebidas, ¿quién debía entrar sino Higgins? Por supuesto, tuvo que unirse a los demás. Los hombres le pidieron que diera su versión de la historia, y lo hizo con gran vivacidad, ya que la vista de cinco pequeños whiskies calientes era muy estimulante. Todos se rieron a carcajadas cuando mostró la manera en que el señor Alleyne agitaba su puño en la cara de Farrington. Luego imitó a Farrington, diciendo: "Y aquí estaba yo, tan tranquilo como puedes imaginar", mientras Farrington miraba a la compañía con sus ojos pesados y sucios, sonriendo y, a veces, sacando gotas de licor de su bigote con la ayuda de su labio inferior.

Cuando esa ronda terminó, hubo una pausa. O'Halloran tenía dinero pero ninguno de los otros dos parecía tener; así que todo el grupo dejó la tienda con cierto pesar. En la esquina de Duke Street, Higgins y Nosey Flynn se desviaron a la izquierda mientras los otros tres regresaban hacia la ciudad. La lluvia caía lentamente en las frías calles y, cuando llegaron a la Oficina de Balasto, Farrington sugirió la Scotch House. El bar estaba lleno de hombres y ruidoso con el sonido de voces y vasos. Los tres hombres empujaron a los vendedores de fósforos quejumbrosos en la puerta y formaron un pequeño grupo en la esquina del mostrador. Comenzaron a intercambiar historias. Leonard los presentó a un joven llamado Weathers que actuaba en el Tivoli como acróbata y artista de knockabout. Farrington invitó a una bebida a todos. Weathers dijo que tomaría un pequeño whisky irlandés y Apollinaris. Farrington,

que tenía ideas claras sobre lo que era qué, preguntó a los muchachos si querían un Apollinaris también; pero los muchachos le dijeron a Tim que hiciera los suyos calientes. La conversación se volvió teatral. O'Halloran invitó a una ronda y luego Farrington invitó otra ronda, Weathers protestando que la hospitalidad era demasiado irlandesa. Prometió llevarlos detrás del escenario y presentarlos a algunas chicas agradables. O'Halloran dijo que él y Leonard irían, pero que Farrington no iría porque era un hombre casado; y los ojos pesados y sucios de Farrington miraron a la compañía en señal de que entendía que lo estaban molestando. Weathers hizo que todos tomaran solo una pequeña tintura a su cargo y prometió reunirse con ellos más tarde en Mulligan's en Poolbeg Street.

Cuando la Scotch House cerró, fueron a Mulligan's. Entraron en el salón en la parte de atrás y O'Halloran ordenó pequeños especiales calientes para todos. Todos comenzaban

a sentirse animados. Farrington estaba a punto de invitar otra ronda cuando Weathers regresó. Para alivio de Farrington, esta vez bebió una cerveza amarga. Los fondos estaban bajos pero tenían suficiente para seguir adelante. De repente, dos jóvenes con grandes sombreros y un joven con un traje a cuadros entraron y se sentaron en una mesa cercana. Weathers los saludó y le dijo a la compañía que venían del Tivoli. Los ojos de Farrington vagaban a cada momento en la dirección de una de las jóvenes. Había algo llamativo en su apariencia. Un inmenso pañuelo de muselina azul pavo real estaba enrollado alrededor de su sombrero y atado en un gran lazo bajo su barbilla; y llevaba guantes amarillos brillantes, que llegaban hasta el codo. Farrington miraba con admiración el brazo regordete que ella movía con frecuencia y con mucha gracia; y cuando, después de un tiempo, ella respondió a su mirada, admiró aún más sus grandes ojos marrones oscuros. La expresión oblicua de sus ojos lo fascinaba. Ella lo miró una o dos veces y, cuando el grupo estaba dejando la sala, ella rozó su silla y dijo "¡Oh, perdón!" con acento londinense. La miró salir de la sala con la esperanza de que ella lo mirara de nuevo, pero se sintió decepcionado. Maldecía su falta de dinero y maldecía todas las rondas que había pagado, particularmente todos los whiskies y Apollinaris que había pagado a

Weathers. Si había algo que odiaba, era un parásito. Estaba tan enojado que perdió el hilo de la conversación de sus amigos.

Cuando Paddy Leonard lo llamó, descubrió que estaban hablando sobre hazañas de fuerza. Weathers estaba mostrando su músculo del bíceps a la compañía y jactándose tanto que los otros dos llamaron a Farrington para defender el honor nacional. Farrington se remangó en consecuencia y mostró su músculo del bíceps a la compañía. Los dos brazos fueron examinados y comparados y finalmente se acordó tener una prueba de fuerza. La mesa fue despejada y los dos hombres apoyaron sus codos en ella, estrechando manos. Cuando Paddy Leonard dijo "¡Vamos!" cada uno debía intentar bajar la mano del otro sobre la mesa. Farrington se veía muy serio y decidido.

La prueba comenzó. Después de unos treinta segundos, Weathers llevó lentamente la mano de su oponente hacia la mesa. El rostro oscuro, color vino, de Farrington se sonrojó aún más con ira y humillación al haber sido derrotado por un joven.

—No debes poner el peso de tu cuerpo detrás. Juega limpio —dijo.

—¿Quién no está jugando limpio? —dijo el otro.

—Vamos de nuevo. A dos de tres.

La prueba comenzó de nuevo. Las venas se destacaban en la frente de Farrington y la palidez del cutis de Weathers cambió a peonía. Sus manos y brazos temblaban bajo el estrés. Después de una larga lucha, Weathers nuevamente llevó lentamente la mano de su oponente hacia la mesa. Hubo un murmullo de aplausos de los espectadores. El cura, que estaba de pie junto a la mesa, asintió con la cabeza roja hacia el vencedor y dijo con estúpida familiaridad:

—¡Ah! ¡Ese es el truco!

—¿Qué diablos sabes tú sobre eso? —dijo Farrington ferozmente, volviéndose hacia el hombre—. ¿Por qué metes tu boca?

—Sh, sh —dijo O'Halloran, observando la violenta expresión en el rostro de Farrington—. Vamos, muchachos. Tomemos solo una

pequeña más y luego nos iremos.

Un hombre de rostro muy adusto estaba en la esquina del puente O'Connell esperando el pequeño tranvía de Sandymount para llevarlo a casa. Estaba lleno de ira y deseos de venganza latentes. Se sentía humillado e insatisfecho; ni siquiera se sentía borracho; y solo tenía dos peniques en el bolsillo. Maldijo todo. Se había arruinado en la oficina, había empeñado su reloj, gastado todo su dinero; y ni siquiera se había emborrachado. Empezaba a sentir sed de nuevo y anhelaba volver a estar en el caluroso y apestoso bar. Había perdido su reputación como hombre fuerte, habiendo sido derrotado dos veces por un simple muchacho. Su corazón se hinchó de furia y, cuando pensó en la mujer del gran sombrero que se había rozado con él y había dicho "¡Perdón!", su furia casi lo ahogó.

Su tranvía lo dejó en Shelbourne Road y dirigió su gran cuerpo a lo largo de la sombra del muro de los cuarteles. Detestaba regresar a su hogar. Cuando entró por la puerta lateral, encontró la cocina vacía y el fuego de la cocina casi apagado. Gritó escaleras arriba:

—¡Ada! ¡Ada!

Su esposa era una mujer pequeña de rostro agudo que lo intimidaba cuando estaba sobrio y era intimidada por él cuando estaba borracho. Tenían cinco hijos. Un niño pequeño bajó corriendo las escaleras.

—¿Quién es? —dijo el hombre, mirando a través de la oscuridad.

—Yo, papá.

—¿Quién eres tú? ¿Charlie?

—No, papá. Tom.

—¿Dónde está tu madre?

—Está en la capilla.

—Está bien... ¿Pensó en dejarme alguna cena?

—Sí, papá. Yo...

—Enciende la lámpara. ¿Qué significa tener el lugar en oscuridad? ¿Están los otros niños en la cama?

El hombre se sentó pesadamente en una de las sillas mientras el niño pequeño encendía la lámpara. Empezó a imitar el acento plano de su hijo, diciendo para sí mismo: "En la capilla. En la capilla, si te parece bien". Cuando la lámpara estuvo encendida, golpeó su puño sobre la mesa y gritó:

—¿Qué hay para cenar?

—Voy... a cocinarlo, papá —dijo el niño pequeño.

El hombre saltó furioso y señaló el fuego.

—¡En ese fuego! ¡Dejaste que el fuego se apagara! ¡Por Dios, te enseñaré a hacer eso otra vez!

Dio un paso hacia la puerta y agarró el bastón que estaba detrás de ella.

—¡Te enseñaré a dejar que el fuego se apague! —dijo, remangándose para darle libertad de movimiento a su brazo.

El niño pequeño gritó "¡Oh, papá!" y corrió gimiendo alrededor de la mesa, pero el hombre lo siguió y lo agarró por el abrigo. El niño miró a su alrededor desesperadamente, pero al ver que no había escapatoria, se cayó de rodillas.

—¡Ahora, dejarás que el fuego se apague la próxima vez! —dijo el hombre, golpeándolo vigorosamente con el bastón—. ¡Toma eso, pequeño miserable!

El niño soltó un chillido de dolor cuando el bastón cortó su muslo. Juntó sus manos en el aire y su voz tembló de miedo.

—¡Oh, papá! —gritó—. ¡No me pegues, papá! Y yo... rezaré un Ave María por ti... rezaré un Ave María por ti, papá, si no me pegas... rezaré un Ave María...

1. [Duplicados - James Joyce](#)
2. [Duplicados](#)

**¡Gracias por leer este libro de
www.elelandria.com!**

**Descubre nuestra colección de obras de dominio
público en castellano en nuestra web**